

CATALUÑA

CARLES GELI, **Barcelona**
Proyectando la inmensa sombra de sus 236 metros, sobre las 14.30 horas del 16 de mayo de 1929, el majestuoso Graf Zeppelin, volando a poca altura, encaró la plaza de Cataluña, remontó por el paseo de Gràcia y ahí dejó caer una saca que, con 39 postales, aterrizó en la azotea del número 27. Cerca de la plaza España, el dirigible lanzó una segunda, que esta vez, guiños del azar, aterrizó en el número 26 de la calle 26 de Enero.

Curiosidades alrededor de las misivas tiene otro saco lleno la capital catalana, como ilustra *Cartes i carters. Una historia del correu postal a Barcelona* (Albertí Editors), que ha compilado el historiador y empleado de Correos Antonio Aguilar. Entre esos hitos, nueve años después del zepelín, el del primer correo submarino del mundo. Necesitada de financiación, la República española decide emitir, en febrero de 1938, unos sellos conmemorativos. Como las autoridades intuyen amargamente, una emisión limitada de un gobierno que languidece será muy cotizada en el extranjero. Se realizarán 8.000 series, por valor de 690.500 pesetas, que se ponen a la venta seis meses antes del viaje inaugural, un Barcelona-Maó que debía eludir el bloqueo marítimo fascista, que ya ocupaba Mallorca.

El 12 de agosto de 1938, el submarino C-4, con 40 marineros, zarpó con dos sacas con un centenar de postales, 300 certificados y unas 1.100 cartas ordinarias. Viajan también un empleado de Correos y un periodista del *The Saturday Evening Post* que acreditará el viaje. De noche y en superficie (el submarino está muy tocado) llegan a la isla en 13 horas. El regreso, bajo el agua, será en 22 horas: éxito propagandístico y recaudación de 11 millones de pesetas.

Tenía un punto de lógica que una iniciativa así se desarrollara en Barcelona, que aún hoy puede presumir de uno de los edificios más antiguos de Europa destinado a correos, la capilla de Marcús (calle Carders, 2), sede de la cofradía de los primeros hosteleros de correos medievales, unas estafetas actuales. Los *troters*, como se les conocía, sólo actuaban bajo licencia municipal y luego real y su actividad estaba regulada hasta el extremo de que había penas de



Graffiti en Manso, 39, único mural dedicado al sector en Barcelona, amén de la calle Alloza. / M. MINOCRI

Correos submarinos o zepelines ‘bombardeando’ sacas son algunas anécdotas sobre el servicio postal que recoge un libro

Barcelona ‘a la carta’



Sello del correo submarino de la República (1938).

prisión “*en camisa e en bragues*” si cometían fechorías en su labor. En 1417 consolidaron el primer gremio de la península, de los más antiguos del continente. La dinastía borbónica pasó la gestión del servicio a la corona.

Las cartas de Castilla, ya en el XVIII, llegaban los miércoles por la tarde, como las de Italia los viernes por la noche: la gente, solo dando su nombre, iba a recogerlas. Algunos tomaban las de señores ricos para llevárselas a sus casas y ganarse unos dineros. Porque la primera docena de carteros

no llegó hasta 1756. Las ordenanzas les obligaban a saber leer, escribir y a vivir en el barrio donde repartían el correo. Era un oficio que rozaba la ruina: su domicilio particular hacía las veces de estafeta y cobraban al destinatario. En realidad, no recibían sueldo del Estado hasta 1931, de la misma manera que debían pagarse el uniforme, obligado a aguantar al menos dos años y servir para verano e invierno: hasta 1943, no se lo facilitó el Gobierno.

En 1895 ya había en Barcelona 120 carteros, que repartían unos 23.000 objetos diarios. Mujeres, hasta 1830 no serán “maestras de posta” y sólo desde 1922 acceden a ser carteras, si bien sin salir a la calle porque son “cuerpo auxiliar”; además, deben tener el título de maestras. En plena Guerra Civil serán el 5% de la plantilla,

unas 600. En 1939, el franquismo depuró un tercio de la plantilla.

A pesar de que el leridano Tomàs de Perpenyà escribió en 1505 el primer manual de estilo en Cataluña para escribir una carta (“letra de buen tamaño, hermosa, regular, clara, de fácil lectura”), de que en el XVI se pasara de escribir en horizontal a vertical, de que se adoptara la cuartilla (XVIII) y se extendiera la práctica de poner nombre y dirección (no sistemático y operativo hasta mediados del XIX), entender la letra o que con casi nulas referencias llegaran las cartas a destino era gracias a los llamados “sabios” de Correos, especialistas en descifrar auténticos jeroglíficos. Aun así, entre 1861 y 1865 en Barcelona se tiraron al fuego 800.000 cartas porque destinatario o dirección eran ilegibles incluso para esos sabios, el último de los cuales se jubiló en 1996.

El sello como definitivo sistema de pago postal llegó en 1850.

‘Leones’, farolas y tranvías para poner buzones

Cajas de madera en la Venecia del XVI son el origen de los buzones, capitales para una correspondencia que sufría de todo, hasta duchas de vinagre para ser desinfectadas en Barcelona cuando la peste de 1348 (hasta 1953, se limpiaban). En Barcelona, en 1857 había cinco buzones; hoy, de amarillo desde 1977, quedan 800. Mayormente, eran un agujero en paredes y enmarcados en una cabeza de león. Pero también los hubo, como en el cruce Aragón/ Pau Claris, unidos a una farola, como los del Londres victoriano. En 1915, hasta los tranvías llevaban buzones, obligatorios en las casas desde 1962. La recogida fue exponencial: los *troters* raudos iban a 40 kms. / día. Barcelona supo del correo en avión en 1919, cuando los franceses de Latécoère paraban camino de Casablanca. La línea Barcelona-Palma, de 1922, permitía contestar a vuelta de correo ¡el mismo día!.

Fue una serie de cinco con la efigie de la reina Isabel II, que ordenó confeccionar matasellos que no le ensuciaron el rostro. Un gran invento que tuvo a su primer coleccionista en el barcelonés Santiago Àngel Saura i Mascaró.

Barcelona, que sólo tiene una calle dedicada a un cartero (Salvador Alloza, depurado en 1939 por anarquista) y un mural de unos vecinos en su edificio (Manso, 39), también fue la que acogió la primera tienda de sellos (1878), el primer catálogo de España (con 2.000 estampas de todo el mundo, en 1863), la primera asociación de coleccionistas (la Sociedad Filatélica Barcelonesa, en 1888) y, claro, el primer museo, nacido de la colección de Ramon Marull (65.380, casi todos los del mundo entre 1840 y 1940). El primer sello con motivo barcelonés (un macero del consistorio: la ciudad a sus pies) fue por la Exposición de 1929; sí, el mismo año que el bombardeo de las sacas del Graf Zeppelin.